

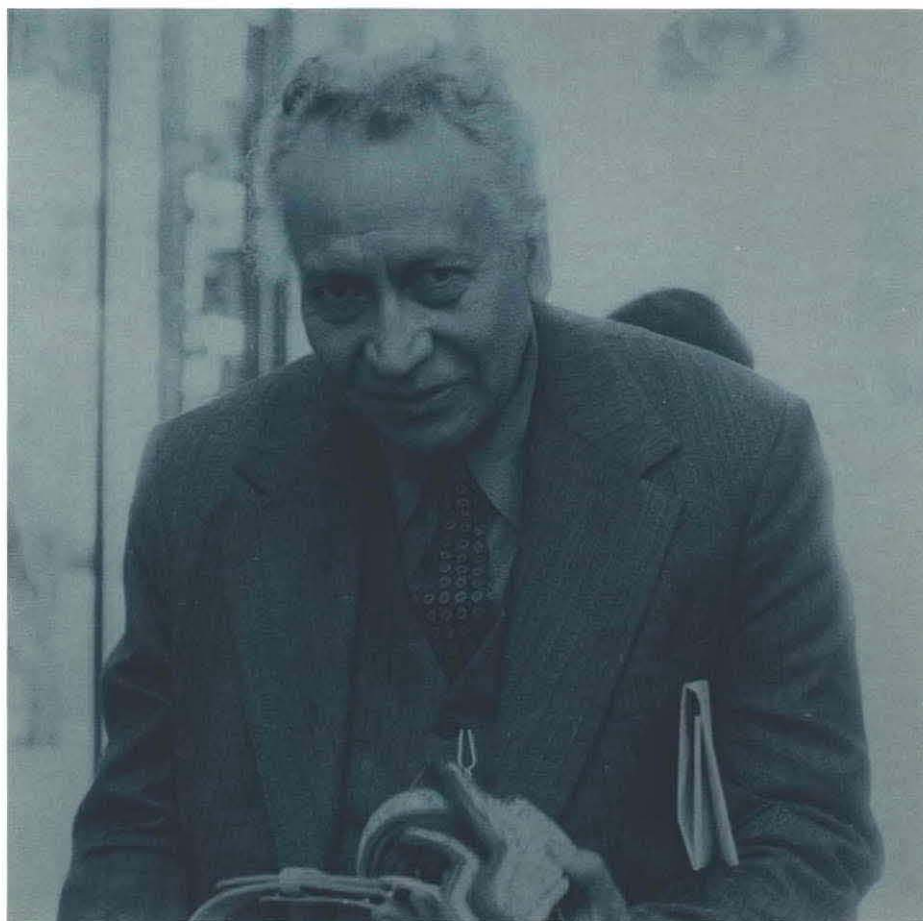
riculum Development), y presidenta del World Council for Curriculum and Instruction (WCCI), Nueva York, 1970-1974. Por su labor en pro de la educación recibió, en 1974, un premio "For Distinguished Service to Education in Mexico", de la Sociedad *Delta Kappa Gamma International*.

Si toda esta labor en pro de la educación universitaria es memorable, lo es aún más su labor docente. Margarita Quijano fue capaz de darle a la enseñanza no sólo seriedad sino pasión. Se le recordará siempre por sus cursos sobre Shakespeare y sobre literatura comparada. Para muchos de nosotros esos cursos de literatura comparada fueron fulgurante revelación del mundo de los clásicos y de la pervivencia de los mitos. El universo de Shakespeare —que aquellas lánguidas clases que con polainas y una gran elegancia impartía Manuel Romero de Terreros, marqués de San Francisco, habían hecho remoto— se animó con una enorme pasión y gran actualidad. Aquello que había sido una incesante aun cuando elegante lectura del texto sin que comentario alguno la animara jamás, se convirtió en un espacio de discusión de ideas y emociones, del minucioso análisis de formas dramáticas y del riguroso aprendizaje de las peculiaridades léxicas y estilísticas del inglés shakespeariano. Sus dos libros sobre Shakespeare, *Hamlet y sus críticos* (UNAM, 1962) y *Macbeth, Otelo y El Rey Lear. Análisis de sus temas* (UNAM, 1970), así como sus diversos artículos sobre el dramaturgo, apenas si pueden dar una idea del entusiasmo que lograba infundir en sus estudiantes. Porque el estudiante fue siempre para ella no una entidad anónima a la que había que calificar o descalificar, sino un ser humano al que había que formar integralmente, orientarlo y ayudarlo en todos los aspectos de su vida, además del intelectual. Muchos de los que ahora somos maestros en el Departamento de Letras Inglesas en mucho le debemos nuestra formación y nuestra pasión por la literatura. Y es ése el mejor homenaje que se le puede hacer a Margarita Quijano.

Martín Quirarte

Vicente Quirarte

El rigor de Martín Quirarte (1924-1980) en la cotidianidad del salón de clase o en el auto de fe llamado examen, era su forma de amar. Escribir una tesis bajo su dirección era un tormento, pero la garantía de que el torturado había hecho un trabajo más sólido que las carabelas, tanto en los argumentos expuestos como en la forma en que las pala-



Martín Quirarte.

bras se combinaban para decir lo que el estudiante verdaderamente se proponía. Enamorado de la construcción impecable, de la palabra justa que desveló a Flaubert, quería que los hechos se vaciaran en moldes de bronce, no en construcciones de yeso desmoronables con el paso del tiempo. Obligaba a sus alumnos a salir sabiendo, a todos aconsejaba tener un Sancho que les mantuviera al Quijote. Fue el primero en desoír su propio consejo. Su libro inicial es, casi, un manifiesto de vida: *Carlos Pereyra, caballero andante de la historia*.

El maestro Quirarte buscó siempre la cercanía de los jóvenes, y nunca olvidó a la preparatoria donde se formó. Tanto la quiso, que no sólo fue profesor de ella durante toda su vida académica, sino la historió en un libro ejemplar por su sentido de síntesis y de interpretación, titulado *Gabino Barreda, Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud*.

Martín Quirarte no se consideraba un historiador sino un divulgador de la historia. Nunca olvidaba que su ocupación inicial había sido la talabartería, oficio heredado de varias generaciones en el mercado de San Juan de Dios en Guadalajara. De tal modo, su escritorio de trabajo no olvidaba el orden y la simetría del taller talabartero. Una de sus grandes lecciones fue que escribir es un trabajo tan solitario, tan ingra-

to, que es preciso rodearse de la mayor cantidad de juguetes que nos ayuden a olvidar ingratitudes. Amaba los lápices recién afilados, las plumas fuente, siempre cargadas con tinta color morado. Escribía sus borradores en hojas de un papel especial, cuyo gasto justificaba diciendo que no gastaba en cigarros. Obsesionado por el orden, diseñaba sus propios muebles, y siempre tenía más libros que librerías.

Henri Pirenne, uno de sus autores predilectos, definía al historiador como “un hombre que ama la vida y sabe contemplarla”. Martín Quirarte amó la vida y la historia con esta fatalidad gozosa. Semejante a los malos actores que antes de emocionarnos se dejan ganar por la emoción, era incapaz de evocar los hechos sin que le temblara la voz. Más que un historiador, era un poeta de la historia. Más que un intelectual, un obrero que construía sus párrafos o impartía su clase con el mismo cuidado con el cual debían ensamblarse las piezas de una silla charra. Pero si a la hora del trabajo era ordenado y metódico, en los actos de la vida diaria cargaba con la brújula perdida de los sabios.

Gracias a su capacidad de síntesis, su comprensión global de los hechos, su báscula precisa que lo llevaba a sopesar los acontecimientos, pudo publicar en 1965 la que fue su primera obra de conjunto: *Visión panorámica de la historia de México*. Detrás de esa historia contada, de la pesada ligereza de su estilo, se hallan tanto los historiadores como los literatos. Amante de la respiración de la prosa, en Martín Luis Guzmán aprendió los secretos de la puntuación. En Justo Sierra, la emotividad y el sentido narrativo; en Francisco Alonso de Bulnes y en Carlos Pereyra, el espíritu polemista. Enemigo de los odios partidistas, Martín Quirarte creía en la equidad y en la justicia. Por eso pudo escribir un libro tan equilibrado como *El problema religioso en México*. En sus estudios sobre la Reforma y la Intervención francesa, nuevamente se puso de manifiesto su trabajo conciliador. Insistió en leer y analizar a los intervencionistas, monarquistas y clericales, se convirtió en abogado de los vencidos y nos enseñó, como antes lo enseñó su maestro José C. Valadés, a conocerlos antes que condenarlos sin apelación. En 1970 apareció la que acaso sea su obra mayor: *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*, surgida en gran parte del curso que sobre el tema impartía en la Facultad. Su obertura la forman palabras de otro de sus maestros, Agustín Yáñez: “No es hora de revivir pasiones liquidadas, ni de incurrir en rencores estériles; pero es hora de repasar la lección centenaria para evitar errores pasados y verificar los rumbos a seguir”.

En la poesía por delante de la acción se encuentra la última y ejemplar lección del maestro Martín Quirarte. El 13 de marzo de 1980 murió en nuestra Ciudad Universitaria, minutos después de haber impartido su clase.